

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Jueves 18 de Enero.

El Eco de Cartagena

LA MUGER DE ZARAGOZA.

II.

Mi ausencia de Cartagena durante algun tiempo y luego perentorias ocupaciones no me han permitido hasta hoy continuar publicando el extracto de la magnífica apología de la muger zaragozana por Castelar. Cualesquiera que sean las faltas políticas del célebre tribuno, nadie le negará un veheméntísimo entusiasmo por las glorias nacionales, una prodigiosa elocuencia, y un talento de primer orden, dotes privilegiadas con las que fascina á cuantos leen sus elevadas producciones. Mi primer artículo, publicado el 17 de Octubre último, quedó interrumpido cuando daba á conocer el brillantísimo paralelo entre el cantar aragonés, la jota, y el cantar andaluz, las playeras, en las que, entre otras cosas, que espresé antes y no repito ahora, dice se observan las

«Querellas, las lamentaciones, las alegrías de una raza, á quien no satisface la hermosura de la naturaleza y el goce de la vida, necesitando perderse en las eternas tristezas, que han sido siempre alma de la poesia y del arte. Así, buscad en la muger aragonesa el término medio entre la viril hermosura cántabra y la oriental hermosura valenciana y andaluza; la correccion, la naturalidad, el equilibrio en las facciones, la paz en la mirada, la satisfaccion proveniente de una dominacion efectiva, y cierta energia varonil, que la caracteriza y la distingue de todas las mugeres de España.

«La muger en Zaragoza tiene caracteres que dependen principalmente del estado social de aquella provincia y de sus leyes civiles. En otra parte la muger podrá ser mas querida, mas adulada, en ninguna posee la soberanía verdadera que entre los zaragozanos. En nuestro Mediodía el marido aparta cuidadosamente á la muger de todos los

negocios de todos los trabajos esternos, por miedo de ajar aquella flor delicadísima con la abrumadora realidad. De puertas adentro el imperio femenino no reconoce limites, de puertas afuera, no sabe la muger cosa alguna de sus propios asuntos. Hay tantos disgustos en las impurezas de la vida, y tantas penas en el desarrollo de los negocios, y cuando menos, tanta prosa en las relaciones mercantiles, que podrian troncharse las delicadas alas de esos ángeles, oscurecerse la brillantísima luz de esas estrellas, huir la felicidad de esas almas, cuyo destino se reduce á tener la casa como un santuario y la idolatría propia de una antigua religion; tal creen los meridionales. La zaragozana se parece á su vecina la francesa en que participa de los negocios, coopera á la administracion, preside á los trabajos, alcanza y allega ideas definidas y justas satisfacciones para la igualdad social de los sexos. Esto quizá le quita una parte de la poesia que tienen las mugeres meridionales, pero en cambio le dá conocimiento de los negocios, á los cuales lleva un sentido de relacion superior al sentido un tanto exclusivo de los hombres.»

«Los aragoneses dicen respondiendo á los vejámenes que les dirigen sus vecinos los valencianos, que no presentaba tierra alguna del mundo un ejemplo comparable al de sus amantes de Teruel, los cuales parecen predestinados al amor eterno desde la cuna hasta el sepulcro, desde el tiempo hasta la eternidad. Y al aducir este ejemplo, sostenian que acaso entre la gente aragonesa el amor no tuviera las exaltaciones, los delirios, las tempestades de un amor meridional, pero en cambio tenía la misma duracion que la vida y no se acababa ni en el frio seno de la muerte. Un jóven aragonés podia apartarse de la muger que amaba, irse, ó bien á la batalla de las Navas, ó bien á la conquista de Jerusalem, atravesar los continentes, perderse en los desiertos, vivir en los serrallos, sin que olvidara ni un minuto la beldad querida, objeto de todos

sus pensamientos, hasta morir de muerte natural y súbita, al verla perderse en los brazos de otro hombre, como si en aquellos amores se guardara todo el calor de su vida, y toda la vida de su alma.»

«La aragonesa en general y la zaragozana en particular es en sus afectos de tal fuerza y tal constancia, que algo tiene de varonil indudablemente. No vereis en las provincias meridionales acompañar las mugeres jamás el cadáver de sus allegados al cementerio. ¡Que digo las mugeres! Ni siquiera los hombres. La sensibilidad tiene tal viveza, que no puede soportar la vista de los rostros amados, el cántico de los sacerdotes que ruegan y el lamento de las campanas que doblan; la larguísima calle de Amargura entre el hogar habitado por recuerdos queridos y el cementerio donde solo habitarán frias cenizas; la última despedida, cuando aparece por vez postrera descubierto el rostro que antes animara el calor de la sangre y el calor de la vida, el ruido siniestro del cuerpo sobre el despiadado suelo que lo recibe silencioso, el choque de la tierra en las tablas del ataud; escenas de dolor en que el corazón se cae de nuestro pecho á pedazos, y el espíritu clama por acompañar al ausente y desposarse con la muerte, cuyas tristezas aparecen preferibles á través de las encendidas lágrimas, á la inmensa pena de la separacion.

«Pues en todo Aragon, y por lo mismo en su provincia matriz, en Zaragoza, las mugeres acompañan el cadáver de los suyos al cementerio. Recuerdo un dia terrible. Yo hé visto á una madre aragonesa, señora muy amiga mia, llorar como si fueran fuentes sus ojos, la muerte de un hermoso niño. Su desesperacion se exhalaba en lamentos que parecian rugidos. Sus brazos se alargaban como para buscar al ser que huía hácia los cielos y retenerlo por fuerza á su lado. Corría por la casa como loca, y cada vez que tropezaba con algun objeto perteneciente á su hijo, con algun recuerdo de aquel ser queridísimo, se mesaba los cabellos, y se caía desplomada como herida de un

rayo. El amor es la vida entera de una muger, los hijos son para ella el amor de los amores. Sin esa pasion de la madre, ¿qué seria de las especies, mas necesitadas de su amor cuanto mas superiores y perfectas? Aquella madre zaragozana padecía como todas las madres, mas que otras muchas quizás, por la fuerza de sus sentimientos. Pero llegó la hora del entierro, y se vistió como de fiesta, y se enjugó sus ojos, y se dominó hasta acompañar el ataud donde iba encerrada su vida, y oyó la misa de ángel, y las melodías del órgano, y llegó hasta el cementerio, hasta oír la tierra desplomarse con siniestro fragor sobre las tablas, y el silencio y las tinieblas devorar al hijo de sus entrañas. Recuerdo todo esto, y recuerdo tambien que se debió á un dominio incontrastable de la voluntad sobre el sentimiento; porque al llegar á su casa, al despedir el duelo que hasta entonces la habia acompañado, al quedarse sola, cayó en cama, y presa de delirio y de fiebre, estuvo por espacio de un mes entre la vida y la muerte. El sentimiento dominado por la voluntad y la razon, és como la característica que define á la zaragozana, y que la diferencia del resto de las mugeres españolas.»

«Bien es verdad que rara vez se encuentra una legislación tan favorable á la muger, como la legislación aragonesa. Los hijos no heredan el patrimonio á la muerte de su padre. La madre se queda con todo él y lo disfruta y lo administra como si estuviera su marido presente. Solo un nuevo enlace puede arrebatarse este derecho eminentísimo. Los herederos reciben una pensión alimenticia, y saben que el matrimonio no puede disolverse sino por la muerte de los dos conyuges. La viuda vive rodeada del respeto universal. La viudedad es eminentísima posición social. Las casas mas atrazadas suelen levantarse en el período en que una muger las dirige exclusivamente: tal y tanto valen en Aragon los talentos económicos del bello sexo. Su instinto tiene tal seguridad, que difícilmente van los